

Memorialistas & Viajeros

John Dos Passos: “Viajes de entreguerras”

Bartolomé Leal, desde Santiago

Poco leído aunque mencionado con fruición por los críticos, si hay un narrador a quien puedan asociarse todas las vanguardias del siglo XX, ése es John Dos Passos. Nació en Chicago en 1896 y se crió en Europa. A pesar de ser el hijo de una pareja no consagrada por el matrimonio, motivo suficiente para el ostracismo social, tuvo una educación privilegiada. Su padre era un prominente abogado de origen portugués. A su retorno se graduó por la Universidad de Harvard en lengua inglesa. Viajó a España para estudiar arte y arquitectura, participó en los conflictos bélicos como voluntario en el cuerpo de ambulancias y las ofició de corresponsal de guerra, enviando despachos y dibujando a lápiz o acuarela. Dominaba el castellano y también el francés.

Pero también Dos Passos se formó en la sensibilidad social. Su obra buscó quitar la máscara a esa América escindida entre ricos y pobres que se le hacía tan evidente. Sus enormes novelas, que constituyen verdaderos collages donde incluyó formas diversas de expresión, no tienen otro objeto que mostrar precisamente esa sociedad dual. A Dos Passos se le considera miembro de la llamada “generación perdida”, que tuvo que protagonizar, a menudo en el frente de batalla, dos horrorosas guerras mundiales.



Mientras desarrollaba sus novelas y se iba formando como una figura principal de las letras norteamericanas, Dos Passos viajó por su país, Europa, Medio Oriente, México y Centroamérica. Escribió artículos de encargo, mantuvo diarios de vida y redactó relatos de sus viajes. Forman varios volúmenes y son interesantes para el más exigente. A ratos verboso, a menudo parcial, lastrado por sus preferencias políticas contingentes, brinda sin embargo tantas observaciones agudas que leerlo es un placer. Una sorpresa, un descubrimiento, además, ya que para quien se ha zambullido en sus monumentales, colosales, gigantescas novelas, y se ha extraviado entre tanta musculatura narrativa, la serenidad de sus textos de viajes muestra que, a menudo, hay tesoros ocultos en la obra menos conocida de un personaje mitológico de la literatura norteamericana.

Pues esa misma obsesión por el detalle significativo, esa búsqueda exhaustiva para tratar de comprender un mundo fragmentario que sólo se entrega a retazos, esa intuición lúcida para captar las contradicciones de un proceso (en la guerra civil española rara vez se destaca la importancia de la controversia entre comunistas y anarquistas, por ejemplo), su preocupación por la forma en que la gente común asume el proceso, los comportamientos altamente extravagantes de los funcionarios públicos (uniformados o no) al tomar decisiones, en fin, se asiste a una forma de encarar sus peligrosos periplos que se halla sin duda cercana al modo que tenía Dos Passos de trabajar la narrativa de amplio aliento.

Un detalle interesante es que Dos Passos no trata de lucirse al pergeñar sus textos. Al revés de un Hemingway (con todo respeto), también por entonces cubriendo el frente de guerra, cuyo ego exuda en cada línea. La prosa del autor de *Al otro lado del río y entre los árboles* es seguramente más virtuosa, menos farragosa que la de Dos Passos. Comparo los textos de Dos Passos con el libro de crónicas *Hemingway By-Line*, lleno de ironía, jugando al límite de la ficción con la gracia que lo caracteriza. Dos Passos nunca hace eso, hay un mayor aire de autenticidad en sus testimonios. Ahora, si uno se habitúa a la frondosidad de la prosa de Dos Passos descubre allí que nada es superfluo, no hay relleno, hay un auténtico afán por descubrir lo que se oculta tras las apariencias.

Su poder de observación es destacable, como estos textos tomados de “Introducción a la guerra civil”, imágenes al cruzar la frontera de Francia y España, en plena contienda: “El gendarme no era ninguna belleza, definitivamente. Tenía sólo un par de dientes, nada de pelo y una cara larga, arrugada y cubierta de manchas de vejez que colgaba sobre un mentón como un farol torcido, pero resultó ser menos duro de lo que parecía”... “Me senté un largo rato en un banco, frente a una playa gris de guijarros y bajo una ligera llovizna, fumando cigarrillos amargos y observando un pequeño grupo de niños refugiados españoles a cargo de un joven amable y de aire triste que jugaba un juego interminable de baile y canción”... “En la frontera española, las cosas eran más alegres. Un grupo de niños de aspecto saludable, vestidos con uniformes de milicianos de varios tonos de verde y caqui, levantaron sus puños cerrados hacia nosotros: era el saludo del Frente Popular”. No hay maniqueísmo aquí, sino una auténtica preocupación por una humanidad humillada gracias a la guerra.

Viajes de entreguerras es una selección de sus textos, entre ellos algunos que se han vuelto clásicos, como “El descubrimiento de Rocinante” (1919-1920), donde manifiesta

ya el enorme afecto que sentirá siempre por España. Es un texto de viajes insólito, no enteramente logrado pero pleno de encanto. Se refiere, entre otros tópicos, a la poesía de Jorge Manrique y una sesión de bailes flamencos en Madrid, así como una recreación de las aventuras de Alonso Quijada, su jamelgo y su escudero.

“Orient Express” (1921-1926) lo lleva en tren desde Venecia a Constantinopla. De Venecia esta imagen: “Las mujeres que pasan por el muelle llevan el pelo esponjado como las prostitutas de los cuadros de Carpaccio... Su piel es de un color amarillento y firme, y tienen narices rectas de marfil”. En su trayecto pasa “a través del Reino de los serbios, croatas y eslovenos, después a través de Bulgaria y un pedacito de Grecia”. Cuenta: “Día tras día las colinas se vuelven más secas y escuálidas y el tren va más y más lento y los jefes de estación tiene bigotes más y más largos y uniformes más y más desastrados”.

“Visado ruso” (1928) es su inmersión en la URSS, sobre todo en Leningrado y Moscú, en medio de la Guerra Fría. “Introducción a la Guerra Civil” (1916-1937) es una nueva visita a España. Se mezclan textos de sus viajes por México, entre ellos el notable “Las marchas fantasma de Zapata”, donde glosa la revolución: “Once familias del estado de Morelos se convirtieron en explotadores de azúcar y en millonarios; los indios se convirtieron en peones... No sirven para nada, hay que manejarlos con el látigo, como a animales tontos, decían los capataces”, mientras los hijos de los burgueses, afirma Dos Passos, “se jugaban el dinero en el Jockey Club de Ciudad de México y lo gastaban en malhumoradas amantes francesas”. Otros tiempos, cuando se podía ser progresista, vaya.

